Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

31 Operación Masacre



Suplemento especial de
Página|12

WALSH, EL NARRADOR DE LOS HECHOS

La violencia del 9 de junio de 1956 debe entenderse –entre otras cosas, pero en un plano central– como una consecuencia del desplazamiento de Lonardi por Aramburu. Cuando los subordinados que cargan armas saben que en la cúspide la que ganó es el *ala dura*, los gatillos se vuelven fáciles. Lonardi, que proponía el diálogo con el peronismo, no hubiera abierto el paraguas político que pudiera dar cobertura a los asesinatos de junio, Aramburu sí. Una política de diálogo erradica la violencia, porque no la alimenta el odio ni la venganza. Fueron estas dos características las que ganaron al perder Lonardi. Rojas fue el que se encargó de trazar la línea Mayo-Caseros. Colocaba al peronismo en la "barbarie". Aramburu hizo lo que hizo siempre el liberalismo con los bárbaros: atacarlos sin piedad. Si es necesario, como tantas veces lo fue, liquidarlos. Este es el encuadre político-conceptual de los episodios del 9 de junio: mano dura, peronismo=barbarie, la línea Mayo-Caseros encarna lo más puro y noble de la patria, no hay diálogo posible con los herederos de la línea histórica de los déspotas de la primera y la segunda tiranía. Y algo más, definitivo: castigo ejemplar, escarmiento.

Lo tenemos a Walsh preparado para narrar la historia del 9 de junio. "Ésa es la historia que escribo en caliente y de un tirón, para que no me ganen de mano" (Walsh, *Ob. cit.*, p. 20). Hace muchos años, en los comienzos del '84, en el retorno de la democracia, hablaba con dos escritores, dos colegas del arte de la soledad, y veíamos el endiosamiento que se venía alrededor de Walsh. Uno de ellos dijo algo cierto: que no había que perder de vista que era un tipo alegre, jodón, que le gustaba el ajedrez, trazar mapas, imaginar la búsqueda de El Dorado y que con *Operación Masacre* pensaba ganarse el Premio Pulitzer. Lo cual era cierto. También en "Esa mujer" el protagonista lo tienta al Coronel con los beneficios de publicar la historia que sólo él sabe y guarda como una tumba.

El periodista dice:

"–Hay que escribirlo, publicarlo.

–Sí, algún día.

Parece cansado, remoto.

–¡Ahora! –me exaspero–. ¿No le preocupa la historia? ¡Yo escribo la historia y usted queda bien para siempre, Coronel!

La lengua se le pega al paladar, a los dientes.

–Cuando llegue el momento... usted será el primero...

–No, ya mismo. Piense. *Paris Match. Life.* Cinco mil dólares. Diez mil. Lo que quiera". (Rodolfo Walsh, "Esa mujer", en *Perón vuelve*, Compilación de Jorge Lafforgue, Norma, 2000, Buenos Aires, P. 135.)

Es cierto que lo del Pulitzer lo decía un poco en broma, un poco en serio, pero lo decía. No era "Walsh" aún, estaba saliendo de la policial de enigma hacia el género negro. Buscando en esa historia se buscaba él mismo. Se estaba haciendo. Hay frases como latigazos: "Muchos pensamientos duros el hombre se lleva a la tumba, y en la tumba de Nicolás Carranza ya está reseca la tierra" (*Operación Masacre*, *Ibid.*, p. 29). Le gusta anticipar algunos hechos, como si no quisiera perderse al lector, advertirle: "Guarda, lo mejor está por venir". Por ejemplo: "El barrio en que van a ocurrir tantas cosas imprevistas" (*Ibid.*, p. 36). O también: "La casa donde han entrado Carranza y Garibotti, donde se desarrollará el primer acto del drama y a la que volverá por último un fantasmal testigo" (*Ibid.*, p. 37). Es el recurso de decirle al lector algo de lo que va a pasar, sin contárselo, para meterle la intriga, tironearlo para que siga. Un recurso clásico sería: "Se despidieron en la esquina de Superí y Monroe. No volverían a verse". ¿Por qué? ¿Alguno de los dos va a morir? ¿Lo van a matar o simplemente se va de viaje? Además, si no vuelven a verse, ¿cómo se resuelve el lío en que están metidos? Y el lector da vuelta la página y sigue adelante.

"¿DÓNDE ESTÁ TANCO?"

Esa noche, la del 9, trasmiten una pelea: Lausse contra el chileno Loayza. Lausse viene de lucirse en Estados Unidos. Pero bajo "el régimen depuesto". La Libertadora igual lo trata bien. Pese a que Luis Elías Sojit hubiera dicho esas frases inolvidables, entre cómicas, patéticas y hasta trágicas cuando transmitía esas peleas: "¡Lausse sangra de la nariz! ¡Es sangre peronista!". No, con Lausse todo bien. El país boxístico espera, además, que se enfrente con Rafael Merentino, lo que sería la pelea del año. Un grupo de amigos –la noche es muy fría– se reúne para escuchar la pelea Lausse-Loayza. Esta es la historia que cuenta Walsh. En la investigación lo acompaña Enriqueta Muñiz, a quien le dedica el libro. También dice: "Donde escribo 'yo' debe leerse 'nosotros'". Es la historia de un grupo de tipos que escucha una pelea la noche del levantamiento de Valle: Carranza, Livraga (el sobreviviente que Walsh contacta para que le cuente los hechos), Garibotti, Díaz, Lizaso, Gavino, Torres, Brión y Rodríguez. Entra la cana y se los lleva por participar en la revolución. El que entra a los gritos y como una fiera desenfrenada es el jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires, teniente coronel (R) Desiderio A. Fernández Suárez, el más despiadado del relato, el mejor hombre de Aramburu, el más perverso, el asesino por delegación y por convicción. Entra gritando: "¡Dónde está Tanco!" Tanco era, con Valle, la cabeza de la Revolución. No lo iban a encontrar ahí. Ahí encuentran a esos pobres tipos que querían escuchar la pelea de Lausse, que andaba tan bien, mirá vos, que hasta a los yanquis les había dado piñas fieras, ¿cuándo peleará con Merentino? Para ellos, nunca. Nunca pelearon, de todos modos, pero, saber eso, no habría consolado a ninguno. Caen, en la casa de Florida, también a escuchar la pelea otros dos: Troxler y Benavídez. De Troxler nos vamos a ocupar extensamente.

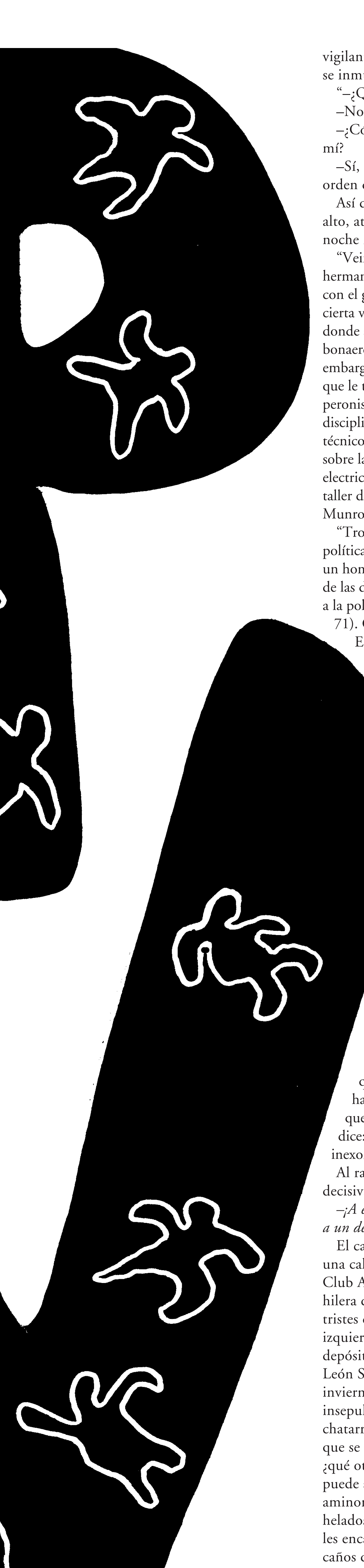
Anota Walsh, lo anota en cursivas para que quede bien claro, para que nadie pierda el dato: "*A las 24 horas del 9 de junio de 1956, pues, no rige la ley marcial en ningún punto del territorio de la nación*. Pero ya ha sido aplicada. Y se aplicará luego a hombres capturados antes de su imperio, y sin que exista –como existió, en Avellaneda– la excusa de haberlos sorprendido con las armas en la mano" (*Ibid.*, p. 69). ¿Qué sucedió en Avellaneda? Fue desbaratado el intento de rebelión de los hombres de Valle. "La represión es fulminante. Dieciocho civiles y dos militares son sometidos a juicio sumario en la Unidad Regional de Lanús. Seis de ellos serán fusilados: Yrigoyen, el capitán Costales, Dante Lugo, Osvaldo Albedro y los hermanos Clemente y Norberto Ros. Dirige este procedimiento el subjefe de Policía de la provincia, capitán de corbeta aviador naval Salvador Ambroggio. Los tiros de gracia corren por cuenta del inspector mayor Daniel Juárez. Con fines intimidatorios, el gobierno anunció esa madrugada que los fusilados eran dieciocho" (Walsh, *Ibid.*, p. 68). Todo esto, antes de ser promulgada la ley marcial. Se trata de asesinatos. Es a la 0.32 cuando por Radio del Estado se da lectura a un comunicado de la Secretaría de Prensa de la Presidencia de la Nación. El artículo primero declara la ley marcial en todo el territorio de la nacional.

Cuando Troxler, junto a Benavídez, llega a la casa de Florida, donde lo arrestan, Walsh hace de él una minuciosa descripción. Apelando a su efectivo recurso anticipatorio digamos que nuestro interés en Troxler es, por supuesto, existencial, casi entrañable, pero también teórico: *Nadie expresa como Julio Troxler, con su tragedia personal, la tragedia del movimiento nacional peronista. Que es también, por supuesto, una tragedia argentina.*

LOS FUSILAMIENTOS

Se abre la puerta de la casa de Florida y Troxler se encuentra con un sargento y dos





vigilantes que lo apuntan con sus armas. Apenas se inmuta. Conoce al sargento.

"–¿Qué hubo? –pregunta Troxler.

–No sé. Tengo que llevarlos.

–¿Cómo me vas a llevar? ¿No te acordás de mí?

–Sí, señor. Pero tengo que llevarlo. Es una orden que tengo" (Walsh, *Ibid.*, pp. 71/72).

Así describe Walsh a Troxler: "Es un hombre alto, atlético, que en todas las alternativas de esa noche revelará una extraordinaria serenidad.

"Veintinueve años tiene Troxler. Dos hermanos suyos están en el Ejército, uno de ellos con el grado de mayor. El mismo siente quizá cierta vocación militar, mal encauzada porque donde al fin ingresa como oficial es en la policía bonaerense. Rígido, severo, no transige sin embargo con los 'métodos' –con las brutalidades– que le toca presenciar y se retira en pleno peronismo. A partir de entonces vuelca su disciplina y capacidad de trabajo en estudios técnicos. Lee cuanto libro o revista encuentra sobre las especialidades que le interesan –motores, electricidad, refrigeración–. Justamente es un taller de equipos de refrigeración el que instala en Munro y con el que empieza a prosperar.

"Troxler es peronista, pero habla poco de política. Cuantos lo trataron lo describen como un hombre sumamente parco, reflexivo, enemigo de las discusiones. Una cosa es indudable: conoce a la policía y sabe tratar con ella" (Walsh, *Ibid.*, p. 71). Observen otro rasgo del estilo de Walsh. Escribe: "Veintinueve años tiene Troxler". Nunca: "Troxler tiene veintinueve años". El primer modo de armar la oración la torna más dura. Más novela negra. El otro es demasiado correcto, como escolar. Troxler era, sí, un tipo alto, de pocas palabras, de pocas expresiones, y de poca suerte, aun cuando pareció haberla tenido toda de su parte la noche de José León Suárez.

Al grupo que escuchaba la pelea que Lausse le ganó al chileno Loayza lo meten un colectivo y lo llevan a la Unidad Regional San Martín. Es la 0.45. El jefe de la unidad es el inspector mayor Rodolfo Rodríguez Moreno. Los hacen sentar en unos bancos. Son las 3 y todavía están ahí. Hace mucho frío: 0 grado. A las 2.53, el contraalmirante Rojas habla por la cadena nacional. Lee el comunicado Nº 2. Lo lee él. ¿Qué hay en esta elección? ¿Por qué lo lee él? Quiere que sepan que él es un duro, un tipo que se hace cargo de sus actos, que son los castigos que aplica. Duro, con una arrogancia feroz, dice: "La Revolución Libertadora cumplirá inexorablemente sus fines".

Al rato, Fernández Suárez le da una orden decisiva, final, a un subordinado:

–¡A esos detenidos de San Martín, que los lleven a un descampado y los fusilen!

El camión policial con los prisioneros llega a una callecita pavimentada que conduce a un Club Alemán. "De un lado la calle tiene una hilera de eucaliptus, que se recortan altos y tristes contra el cielo estrellado. Del otro, a la izquierda, se extiende un amplio baldío, un depósito de escorias, el siniestro basural de José León Suárez, cortado de zanjas anegadas en invierno, pestilente de mosquitos y bichos insepultos en verano, corroído de latas y chatarra" (Walsh, *Ibid.*, p. 90). Ya presienten lo que se viene. Ahí, caminando por ese baldío, ¿qué otro destino sino el peor, el de morir, puede aguardarles? Si intentan detenerse o aminorar la marcha es porque tienen los pies helados y se les hace difícil caminar, los canas les encajan en los riñones, en la espalda los caños de los fusiles. Llegó el momento.

"–¿Qué nos van a hacer? –pregunta uno.

–¡Camine para adelante! –le responden.

–¡Nosotros somos inocentes! –gritan varios.

–No tengan miedo –les contestan–. NO LES VAMOS A HACER NADA. ¡NO LES VAMOS A HACER!

"Los vigilantes los arrean hacia el basural como a un rebaño aterrorizado. La camioneta se detiene alumbrándolos con los faros. Rodríguez Moreno baja, pistola en mano.

"A partir de ese instante el relato se fragmenta". (*Nota:* Walsh revela en esta frase que había leído –como todos nosotros– atentamente a Borges. Que, en su cuento "El muerto" de *El Aleph*, escribe: "Aquí la historia se complica y se ahonda", Jorge Luis Borges, *Obras Completas*, Tomo I, Emecé, Buenos Aires, p. 548.) La frase completa de Walsh es más impresionante, va más allá de la mera técnica narrativa: "A partir de ese instante el relato se fragmenta, estalla en doce o trece nódulos de pánico". (Walsh, *Ibid.* p. 91. También es notable que tenga un aire impecable de relato posmoderno.)

"Carlitos, azorado, sólo atina a musitar:

–Pero, cómo... ¿Así nos matan?

(...)

–¡Alto! –ordena una voz.

Algunos se paran. Oros avanzan todavía unos pasos. Los vigilantes, en cambio, empiezan a retroceder, tomando distancia, y llevan la mano al cerrojo de los máuseres.

(...)

–¡De frente y codo con codo! –grita Rodríguez Moreno" (Walsh, *Ibid.*, p. 92). Luego habrá de vociferar:

–¡Tírenles!

"Sobre los cuerpos tendidos en el basural, a la luz de los faroles donde hierve el humo acre de la pólvora, flotan algunos gemidos. Un nuevo crepitar de balazos parece concluir con ellos. Pero de pronto Livraga, que sigue inmóvil e inadvertido en el lugar en que cayó, escucha la voz desgarradora de su amigo Rodríguez que dice:

–¡Mátenme! ¡No me dejen así! ¡Mátenme!

"Y ahora sí, tienen piedad de él, y lo ultiman" (Walsh, p. 94).

Y ahí termina la masacre de José León Suárez.

CÓMO SE SALVA TROXLER

¿Qué ha sido de Julio Troxler. "Julio Troxler se ha escondido en una zanja próxima. Espera que pase el tiroteo. Ve alejarse los vehículos policiales. Entonces hace algo increíble. *¡Vuelve!* Vuelve arrastrándose sigilosamente y llamando en voz baja a Benavídez, que escapara con él del carro de asalto. Ignora si se ha salvado.

"Llega junto a los cadáveres y los va dando vuelta uno a uno –Carranza, Garibotti, Rodríguez–, mirándoles la cara en busca de su amigo. Con dolor reconoce a Lizaso. Tiene cuatro tiros en el pecho y uno en la mejilla. Pero no encuentra a Benavídez" (Walsh, *Ibid.*, p. 100. Benavídez se salvó. Tomándolo como punto de partida, como base del relato también, la directora Cecilia Miljiker hará su documental *Los fusiladitos*, narrado por Malena Solda, del que ya hablaremos.)

Troxler se va. Se mete en una cola de colectivos cuando teme ser reconocido. Pero no lo ven ni sube al colectivo. Empieza a caminar. (*Ya lo harán caminar otra vez. Pero todavía falta.*) "Está exhausto y aterido. Desde la noche anterior no prueba bocado. Camina once horas seguidas por el Gran Buenos Aires, convertido en desierto sin agua ni albergue para él, el sobreviviente de la masacre.

"Son las seis de la tarde cuando llega a un refugio seguro" (Walsh, *Ibid.*, p. 102).

Así se salvó Julio Troxler, peronista, de los fusiles de la Libertadora. Otros fusiles, en un futuro que era imposible prever ni soñar ni alucinar, lo esperaban.

Escribe Walsh: "Dieciséis huérfanos dejó la masacre: seis de Carranza, seis de Gariboitti, tres de Rodríguez, uno de Brión. Esas criaturas en su mayor parte prometidas a la pobreza y el resentimiento, sabrán algún día –saben ya– que la Argentina libertadora y democrática de junio de 1956 no tuvo que envidiar al infierno nazi" (Walsh, *Ibid.*, p. 126). ¿Qué habrían dicho Victoria, Borges y Bioy y Manucho y tantos, tantos otros si hubieran sabido que un irlandés implacable le decía *nazi* a la revolución de la libertad, de la democracia, de la cultura, de la restauración de la Civilización, de la derrota de la Barbarie, del fin del régimen del tirano depuesto, del segundo tirano? ¿Que podrá decir el decano de nuestros historiadores que escribió su frase memorable,

inmortal: "El año 1956 transcurrió así con un rumbo político impreciso"? ¿En serio, Halperín Donghi, le parecen "imprecisos" los acontecimientos que acabamos de narrar?

En cuanto al jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires, Fernández Suárez, la situación puede tornarse delicada: "Ha detenido a una docena de hombres antes de entrar en vigor la ley marcial. Los ha hecho fusilar sin juicio. Y ahora resulta que siete de esos hombres están vivos" (Walsh *Ibid.*, p. 131).

En el *Epílogo* dice Walsh: "Tres ediciones de este libro, alrededor de cuarenta artículos publicados, un proyecto presentado al Congreso e innumerables alternativas menores han servido durante doce años para plantear esa pregunta (la de los fusilamientos, JPF) a cinco gobiernos sucesivos. La respuesta siempre fue el silencio. La clase que esos gobiernos representa se solidariza con aquel asesinato, lo acepta como hechura suya y no lo castiga simplemente porque no está dispuesta a castigarse a sí misma" (Walsh, *Ibid.*, p. 174). Y luego: "El 12 de junio se entrega el general Valle, a cambio de que cese la matanza. Lo fusilan esa misma noche.

"Suman 27 ejecuciones en menos de 72 horas en seis lugares diferentes" (Walsh, *Ibid.*, p. 75). El texto que continúa es *Aramburu y el juicio histórico.* Por razones de narración de los hechos nos volcaremos sobre él más adelante. Podríamos hacerlo ahora, dada la íntima conexión que tienen. De todos modos, cuando narremos los sucesos que culminaron en Timote necesariamente retornaremos a reflexionar sobre la tragedia de José León Suárez, así de entrelazados están estos acontecimientos.

"EL PRESIDENTE DUERME"

Ahora es la mañana del 10 de junio de 1956. Y una muchedumbre "se aglomera frente a la Casa de Gobierno. En la plaza prohibida, oficialmente prohibida, como que existe una disposición vetando las reuniones públicas en ese lugar; allí donde nuestra clase obrera ya no puede vivar, saltar y cantar, una multitud gorilizada, exultante de odio va a alentar al gobierno en la macabra tarea que está ejecutando. Gritan desaforados estribillos como este: *¡Dale Rojas! ¡Dale leña!... ¡Aramburu, dale duro! ¡A la horca! ¡Ley marcial!*

"Gran parte de ese público, un año antes precisamente en junio de 1955, se había sumado a la santa procesión de Corpus Christi, caminando compungido, detrás de la Cruz, nada más que para darle a la procesión un sentido político y probar si con la Cruz le *movían el piso* a quien entonces no le habían podido mover por la espada" (Salvador Ferla, *Ibid.*, p. 101).

La mujer de Valle va a Campo de Mayo. Junto a ella, van sus cinco hijos, que quedarán huérfanos si su padre es fusilado. Le dijeron que Aramburu es el único que puede apiadarse de su marido y salvarle la vida. ¿Para qué fusilar a Valle? ¿Fusiló Perón a Menéndez? ¿Fusiló el feroz tirano depuesto a alguno de todos los hombres que le hicIeron la Revolución de 1951? Pero la decisión de la Libertadora es la mano dura, el escarmiento, que no se vuelva a repetir un acto así, cueste la sangre que cueste. La mujer de Valle, desesperada, llega a Campo de Mayo. Su marido ha sido su amigo. Compartieron reuniones de familia. No puede creer que no haya piedad. No puede creer que la crueldad llegue a tal extremo. Pero recibe una respuesta *histórica*. Pide, imperiosamente, hablar con Aramburu y le responden: *El presidente duerme y ha dado orden de no ser molestado*. De modo que la mujer de Valle se va de Campo de Mayo con esta respuesta: *El presidente duerme*. "José Gobello (escribe Ferla) eternizó ese instante en su verso *El presidente duerme*" (Ferla, *Ibid.*, p. 115).

Sí, claro que sí. José Gobello, gran lunfardista, que fue, nada menos que presidente de la Academia del Lunfardo, escribió este bonito poema que inmortaliza esa respuesta de Aramburu. No lo podemos dejar pasar. Gobello expresa la complejidad patética, a veces carnavalesca, que es el peronismo. Su poema a Valle es sincero y no está del todo mal. Pero lo malo lo hizo después. Si bien un peronista puede hacer casi cualquier cosa sin que nos sorprenda. Por ejemplo: que le escriba un poema al sacrificado general Valle y años después sea un matazurdos desde la revista nazi del diputado Rodolfo Arce comprometida con las acciones de la Triple A en la modalidad del entusiasmo incontenible.

Aquí va el poema:

El presidente duerme...

Por José Gobello

La noche yace muda como un ajusticiado,
Más allá del silencio nuevos silencios crecen,
Cien pupilas recelan las sombras de la sombra,
Velan las bayonetas y el presidente duerme.

Muchachos ateridos desbrozan la maleza
Para que sea más duro el lecho de la muerte...
En sábanas de hilo, con piyama de seda
El presidente duerme.

La luna se ha escondido de frío o de vergüenza,/
Ya sobre los gatillos los dedos se estremecen,
Una esperanza absurda se aferra a los teléfonos,
Y el presidente duerme.

El llanto se desata frente a las altas botas.
–Calle mujer, no sea que el llanto lo despierte.
–Sólo vengo a pedirle la vida de mi esposo.
–El presidente duerme

Reflectores desgarran el seno de la noche,
El terraplén se apresta a sostener la muerte,
El pueblo se desvela de angustia y de impotencia/
Y el presidente duerme.

De cara hacia la noche sin límites del campo,
Las manos a la espalda, se yerguen los valientes,/
Los laureles se asombran en las selvas lejanas
Y el presidente duerme.

Tras de las bocas mudas laten hondos clamores.../
–¡Cumplan con su deber y que ninguno tiemble
de frío ni de miedo!
En una alcoba tibia
El presidente duerme.

–¡Viva la patria! Y luego los dedos temblorosos,
Un sargento que llora, soldados que obedecen,/
Veinticuatro balazos horadando el silencio...
Y el presidente duerme.

Acres rosas de sangre florecen en los pechos,
El rocío mitigó las heridas aleves,
Seis hombres caen de bruces sobre la tierra helada/
Y el presidente duerme.

¡Silencio! ¡Que ninguno levante una protesta!
¡Que cese todo llanto! ¡Que nadie se lamente!
Un silencio compacto se adueñó de la noche.
Y el presidente duerme.

¡Oh, callan, callan todos! Callan los camaradas.../
Callan los estadistas, los prelados, los jueces...
El Pueblo ensangrentado se tragó las palabras
Y el presidente duerme.

El Pueblo yace mudo como un ajusticiado,
Pero, bajo el silencio, nuevos rencores crecen.
Hay ojos desvelados que acechan en la sombra/
Y el presidente duerme.

(*Nota:* El poema de Gobello figura en el libro de Ferla con la lista de los 27 fusilados del 9 de junio de 1956.)

En la revista *El Abasto*, de agosto de 2005, Nº 68, le preguntan al vate nazifascista, defensor, sin embargo, de Valle y su revolución contra los de la Libertadora, por qué adhiere tan fervorosamente a Jorge Rafael Videla. Gobello responde: "Yo antes de ser peronista y argentino soy católico. A mí la Iglesia no me la toquen. Ni Perón, ni Kirchner, ni nadie. No sé si está bien o mal, pero soy así. Yo soy antizurdo y antifidelista porque creo que eso es una gran farsa.

"Te explico simplemente por qué dejé de ser peronista. Cuando salió el proceso militar, ¿vos vivías en el '76, te acordás de la guerrilla y los asesinatos? Ahora la gente tiende a olvidarse..."

En otro reportaje dice: "Los milicos vinieron a poner orden y se les fue la mano. Pero en toda guerra se cometieron atrocidades. Mirá, en Vietnam: también tiraban gente desde los aviones".

Este hombre estuvo en el peronismo, se entusiasmó con Evita, con Perón, le escribió un poema a Valle, un poema que era un riesgo, y estuvo en la revista de Rodolfo Arce corriendo zurdos con agravios que despertaban la furia de las bandas. Caramba. Qué arduo es todo esto. Gobello, usted que fue presidente de la Academia del Lunfardo, ¿cómo no le puso a su poemita *El presidente apoliya*? ¿No hay una incongruencia ahí?

En cuanto a Aramburu, lo indignante (en medio de todo lo inaceptable que tiene esta historia macabra) fue no recibir a la mujer de Valle. *Porque un presidente que ordena responderle a la mujer de un hombre que está por ser fusilado, a una mujer que le ruega por la vida de su marido, por una vida que depende de una decisión suya: "El presidente duerme", es un mal tipo, alguien que desdeña la vida humana, que no tiene piedad, al menos que no la tuvo en ese momento y, si no la tuvo ahí, con un viejo compañero de estudios, casi con un amigo, se hace sospechoso de no haberla tenido nunca.*

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Julio Troxler, una tragedia argentina